

IMPERIALISMO DE NUESTRO TIEMPO*

AIJAZ AHMAD

Empiezo con la frase “imperialismo de nuestro tiempo” en homenaje al ensayo seminal “Fascismo de Nuestro Tiempo” que Michael Kalecki escribió en el momento crítico en que la extrema derecha americana pujaba por la presidencia en las elecciones de 1964 a través del candidato republicano Barry Goldwater. Aunque Kalecki no hacía referencia directa a Benito Mussolini, bien podría haberlo hecho, dado que este fue el primero en definir el fascismo como aquella forma de gobierno unida a las “corporaciones”, término cuyo significado no era tan distinto al que le daba el presidente Dwight D. Eisenhower cuando advertía sobre la convergencia entre el gobierno norteamericano y el “complejo industrial-militar”. De todos modos, lo que el análisis de Kalecki sí sugería era que en su forma extrema el capitalismo industrial posee una tendencia inherentemente fascista, al tiempo que se preguntaba cómo sería el fascismo en caso de presentarse en Estados Unidos en condiciones de prosperidad y democracia electoral estable. Pero ni la intención de Kalecki era sugerir que EUA se estaba volviendo fascista, ni la mía el implicar que estamos viviendo en tiempos de fascismo. Sin embargo, una de las características más sobresalientes de la coyuntura actual es que EUA, el país imperialista cuyo poder global no encuentra precedentes históricos, está hoy gobernado por la dere-

* Traducido por Emilia Castorina.

cha más extrema. Los gérmenes de las formas más delirantes de autoritarismo que EUA ha ido exportando a lo largo del globo parecen haberse vuelto y desarrollado al interior de sus propias fronteras, lo cual trae aparejada toda una serie de consecuencias globales, nacionales y militares.

También uso la simple expresión “imperialismo de nuestro tiempo” a fin de evitar el uso de términos como “Nuevo Imperialismo”, que al estar en boga en diversos momentos, ha tomado distintos significados. El imperialismo ha estado con nosotros durante largo tiempo, tomando diversas formas y reinventándose a sí mismo en la medida en que, por decirlo de algún modo, las estructuras del capitalismo global han ido cambiando. Lo que ofrecemos aquí es una serie de apuntes provisionales tendientes a facilitar la comprensión de una coyuntura, “nuestro tiempo”, que en sí misma es un complejo de continuidades y discontinuidades —y como tal, algo más bien novedoso. Así, expondré una serie de proposiciones que serán elaboradas más extensamente a lo largo del artículo.

I

La novedad fundamental del imperialismo de nuestro tiempo es que emerge tras la disolución de las dos grandes rivalidades que marcaron la política global del siglo XX, es decir, lo que Vladimir I. Uliánov (Lenin) llamaba “rivalidad inter-imperialista” de la primera mitad del siglo XX, y lo que podemos llamar, a falta de mejor término, rivalidad inter-sistémica entre EUA y la Unión Soviética durante alrededor de setenta años. El fin de dichas rivalidades cierra la era política inaugurada por la Primera Guerra Mundial, permitiéndole así al único vencedor, EUA, deshacer a voluntad las conquistas que las clases trabajadoras y las naciones oprimidas del mundo habían conseguido en aquel período.

Esta nueva fase del imperialismo surge no sólo después de la disolución de los grandes imperios coloniales (principalmente el británico y el francés) y de las ambiciones de otros países capitalistas rivales (básicamente Alemania y Japón), sino también tras la derrota definitiva del nacionalismo de las burguesías locales en gran parte del llamado Tercer Mundo (el anti-colonialismo, las guerras de liberación nacional, el proyecto Bandung, el no alineamiento, los estados proteccionistas industrializados), lo cual había sido sustentado en forma considerable por la existencia de un polo alternativo bajo la forma de los países comunistas. Los tres grandes objetivos por los cuales EUA peleó la guerra de posiciones a lo largo del siglo XX —freno/desaparición de estados comunistas, supremacía sobre otros países líderes y derrota del nacionalismo del Tercer Mundo— han sido alcanzados.

Lejos de ser un imperialismo atrapado en un nudo de rivalidades inter-imperialistas, se trata del imperialismo de la era en la que (a) los capitales nacionales han sido interpenetrados de tal modo que el capital activo en cualquier territorio dado se compone en proporciones variables tanto de capital nacional como transnacional; (b) el capital financiero predomina sobre el capital productivo, a tal punto que ni la tesis de Lenin sobre “exportación de capitales” ni las advertencias de John M. Keynes sobre la rapacidad de los rentistas habrían podido vislumbrarlo; y (c) todo, desde los mercados de bienes hasta los movimientos financieros, está globalizado a tal nivel que el estado global, con capacidades militares globales, se ha convertido en una necesidad objetiva del propio sistema, más allá de las ambiciones de los grupos dominantes norteamericanos que, para imponer sus estructuras y disciplinas, tienen que exponer a esta unidad a tremendas fisuras y quiebres potenciales.

A lo largo de la historia del capital ha habido imperios sin colonias, en algunos casos precediendo conquistas militares (imperios comerciales), en otros como consecuencia del proceso de descolonización (Latinoamérica tras la disolución del dominio español y portugués), y a veces tomando la forma de aquello que Lenin llamaba “semi-colonial” (Egipto, Persia, etc.). Sin embargo, este es el primer imperialismo totalmente poscolonial, no sólo por carecer de gobierno colonial sino por ser su antítesis. En este sentido, es poco probable que la actual ocupación de Irak se convierta en una dominación colonial de larga duración por más tiempo que dure este lodazal, e incluso aunque los halcones del Pentágono se extiendan hacia Siria, Irán o donde sea. Como Leo Panitch y Sam Gindin argumentan en este volumen, no se trata de una preferencia ideológica por el imperio “informal” sobre el “formal”, sino de un imperativo estructural de la actual composición del capital global mismo. El movimiento de bienes y capitales debe ser lo más libre posible, pero la forma del estado-nación tiene que ser sostenida en toda la periferia, no sólo por razones históricas sino también para complementar la internacionalización de las leyes capitalistas con regímenes laborales sustentados localmente, dando así vigencia a lo que Stephen Gill llama “neoliberalismo disciplinario” en condiciones específicas a cada unidad territorial.

A diferencia de Rudolf Hilferding, Lenin o Nicolai I. Bukharin, la teoría del imperialismo de Rosa Luxemburgo tenía el singular mérito de estar fundada sobre una teoría más amplia del modo de producción capitalista y, por lo tanto, se centraba en la relación entre producción industrial y agrícola que había sido un rasgo muy importante en la teoría marxista del modo de producción capitalista. Una de sus proposiciones centrales postulaba que el colonialismo no era un aspecto coyuntural sino necesario para

la globalización de la ley del valor, ya que las zonas capitalistas requieren de aquellas no capitalistas para la realización plena de la plusvalía. Pero también argumentaba que una vez que el capitalismo alcanzara los límites más alejados del globo, necesariamente sobrevendría una crisis debido a la creciente desaparición de zonas no capitalistas. Esta última inferencia parece lógica e históricamente injustificada. El desarrollo desigual y combinado no requiere necesariamente que las periferias permanezcan “no capitalistas”, es decir, fuera de la operación global de la ley del valor. En la historia real, en la era clásica del colonialismo el mundo estaba dividido en un centro industrial y una vasta región agrícola. Mientras ciertos países y continentes se dividían a sí mismos entre enclaves de las formas más avanzadas de producción industrial y financiera por un lado, y por el otro las formas más atrasadas de producción agrícola, la disolución de los grandes imperios coloniales y la reestructuración del capital global de posguerra inauguraron una nueva era en la que el mundo se dividía progresivamente entre zonas industriales avanzadas y atrasadas. En los polos extremos del llamado “Tercer Mundo”, uno podía observar el asombroso avance capitalista (Taiwán o Corea del Sur) y, en contraposición, el retroceso hasta niveles incluso inferiores a los alcanzados durante la etapa de descolonización de zonas como el sub-Sahara africano. Esta producción transcontinental de fuertes desigualdades ha constituido una fuente permanente de violencia, de ahí la necesidad de que los sistemas estatales puedan garantizar formas extremas de coerción extra-económica. Mientras tanto, en buena parte de Asia y África se puede observar el proceso completo de acumulación originaria y proletarización forzosa que Marx describiera en referencia a Inglaterra en su famoso capítulo sobre la cuestión, el cual nos recuerda el rol central del estado en dicho proceso al “generar”, en sus palabras, las condiciones para el crecimiento acelerado de la producción capitalista. A tal punto se han duplicado en numerosos países procesos relativamente similares bajo regímenes combinados de estado-nación y administración globalizada —vía el Banco Mundial (BM), la Organización Mundial del Comercio (OMC), etc.— en un sistema transnacional, donde una autoridad supervisora supranacional se ha vuelto nuevamente una necesidad objetiva del sistema como un todo; de ahí la firme articulación entre las instituciones multilaterales, el estado norteamericano y los administradores locales de otros estados.

En un nivel más amplio de generalización, se podría decir que tomó dos guerras mundiales decidir si EUA o Alemania heredaría los imperios coloniales de Inglaterra y Francia y por ende se transformaría en el líder del bloque de los países capitalistas avanzados y, por lo tanto, en el centro del imperio global. Es llamativo que mientras la visión alemana se fundaba en la

noción primitiva de los imperios coloniales mundiales, EUA, ya con Woodrow Wilson, enarbolaba la bandera de la disolución del colonialismo y el “derecho de las nacionalidades”, como precursor ideológico del imperialismo actual de la “democracia” y los “derechos humanos”. Y fue precisamente luego de la Primera Guerra Mundial, cuando el centro financiero global se mudó de Londres a Nueva York, y la Revolución Bolchevique desafiaba al capitalismo global como un todo, que EUA se posicionó como líder del “Mundo Libre” (como ya era evidente a partir de la presencia dominante de Wilson en Versalles y el liderazgo que EUA siempre ejercería en las cruzadas por contener al comunismo, especialmente luego de la Segunda Guerra Mundial).

Justo en el momento en que EUA ha alcanzado sus objetivos a largo plazo, incluyendo el dominio completo sobre sus socios del mundo capitalista avanzado, en ciertos círculos ha surgido la expectativa de una nueva “rivalidad inter-imperialista” entre EUA y la Unión Europea (UE), dado el tamaño de la economía de esta última. Esto también se ha extendido a otros centros competitivos de la producción global capitalista debido a las proyecciones futuristas del poder del Sudeste Asiático, ya sea Japón, China o un bloque de estados de esa región. Esto parece más bien fantástico. A lo máximo que aspiran los europeos en el Tercer Mundo es a buscar mercados y oportunidades para invertir. En este caso, no hay proyecciones de poder por la simple razón de que no hay ningún poder. No sólo el poder militar de EUA es mucho mayor al de toda Europa junta, sino que además su presencia militar en más de cien países contrasta tan seriamente con la de Alemania o Francia que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) sólo se moviliza hacia donde EUA le indique. Esta supremacía militar sobre los que serían sus posibles rivales se complementa a su vez con el arrollador poder financiero de su moneda, tanto su dominio sobre la producción tecnológica, científica e intelectual como también su alcance cultural e ideológico a escala global debido al poder que ejerce sobre los medios masivos de entretenimiento y (des)información.

Durante la segunda mitad del siglo, EUA enfrentó con la misma tenacidad a los nacionalismos radicales del Tercer Mundo y al comunismo. Habiendo defendido la descolonización como condición necesaria para el surgimiento de un imperio globalmente integrado bajo su propia dirección, se opuso a los movimientos de liberación nacional, ya fueran liderados por comunistas (como en Indochina) o por nacionalistas radicales (como en Argelia); al no-alineamiento (la retórica de “con nosotros o contra nosotros” de George Bush hijo viene directamente de los discursos de John Foster Dulles de los años cincuenta); así como también a regímenes

nacionalistas particulares, ya sea el de Nasser, el de Nkrumah, el de Sukarno o incluso el del Príncipe Sihanouk en Cambodia. En su lugar, mantuvo monarquías donde pudo e impuso dictadores donde fuera necesario. Aunque el fracaso del proyecto nacional-burgués en el Tercer Mundo responde a todo tipo de factores internos, fue decisivo el desgaste implacable que ejerció EUA sobre estos procesos. Uno tiende a olvidar que en su visión de posguerra el mismo Keynes había recomendado no sólo restricciones estatales a los rentistas en los países capitalistas avanzados sino también transferencias de capital a largo plazo para los países subdesarrollados a fin de garantizar crecimiento real y, por lo tanto, paz interior y estabilidad del sistema global capitalista como un todo, por no mencionar la posibilidad de mercados más prósperos para los bienes de los propios países capitalistas desarrollados. Esta última recomendación fue rechazada por EUA, que mantenía entonces un firme control sobre la arquitectura de Bretton Woods. El desgaste del proyecto nacional-burgués (dado que el mismo requería altos niveles de proteccionismo, tarifas, ahorro interno e industrialización asistida por el estado, con poco espacio para la penetración imperialista) de hecho tendió a debilitar a esos estados en relación con el dominio foráneo, a la vez que los hizo mucho más volátiles y eventualmente susceptibles a todo tipo de irracionalidad, minando así su propia legitimidad popular. Este fenómeno hizo necesario no sólo una supervisión globalizada sino también un progresivo estado global *intervencionista*; como repiten Bush y Blair, ahora todo el sistema tiene que ser “re-ordenado”. La Guerra Fría nunca fue fría para aquellos fuera de la OTAN y las zonas del Pacto de Varsovia, dado que las intervenciones militares directas o indirectas de EUA en el Tercer Mundo han sido moneda corriente a lo largo de dicho período. Ahora bien, haber ganado la Guerra Fría no abrió un proceso de paz sino una ideología del intervencionismo permanente por parte de EUA. Como lo expresara Bush diez días después de la catástrofe del 11-S: “una tarea que nunca termina”.

La derrota de todas las fuerzas que Hobsbawm felizmente bautizó como “la izquierda ilustrada”—comunismo, socialismo, movimientos de liberación nacional y el ala radical de las socialdemocracias— ha producido una profunda crisis ideológica a nivel mundial. Mientras raza, religión y etnicidad —etiquetadas como “identidades”— ocupan ahora el lugar que antes tenían las luchas de clases y las solidaridades interreligiosas, interraciales y transétnicas, y una política de la “Diferencia infinita” se erige sobre las ruinas de la política de la *igualdad*. El posmodernismo está así al corriente con las temáticas provenientes del irracionalismo europeo y la nostalgia por lo premoderno. De hecho, esta idea de lo premoderno como solución posmo-

derna a los problemas de la modernidad se ha difundido con consecuencias nefastas en las periferias del sistema capitalista, ya sea como ideología de la extrema derecha hindú en India, de los diversos fundamentalismos islámicos o de las ideologías milenarias de aquellos que nos trajeron el 11-S. El terrorismo ha reemplazado a la liberación nacional y hoy EUA persigue bandas de terroristas con la misma perseverancia con la que hasta hace no mucho perseguía falanges de revolucionarios. Pero tampoco es una cuestión exclusiva de las periferias. EUA mismo adhiere hoy a una peculiar combinación de fundamentalismo cristiano, sionismo, neoconservadurismo de extrema derecha y militarismo.

Es aquí donde se puede observar la especificidad del régimen actual de Bush en EUA. Vale la pena recordar que durante el siglo XX EUA no sólo peleó la guerra de posiciones contra el comunismo y los nacionalismos radicales, sino que también, y de manera crucial, ha luchado por su propio dominio sobre sus rivales capitalistas a fin de conseguir un rol preponderante como único arquitecto del sistema capitalista global. En ese sentido, la actual administración continúa con un proyecto cuyas políticas más agresivas no se remontan exclusivamente a las administraciones de Bush padre o Reagan, sino también a las de Clinton y Carter. La primera especificidad subyacente a este régimen es que, debido a la disolución del bloque soviético, por primera vez en la historia de la humanidad un único poder imperial es tan dominante sobre sus rivales que en realidad no tiene ningún rival, cercano o lejano, que lo pueda desafiar en el preciso momento en que tiene la máxima capacidad para dominar al mundo. En este cuadro, Clinton aparece como una figura de transición, mientras que la presidencia de Bush hijo parece coincidir plenamente con este momento histórico en que la máxima concentración de fuerzas puede ser ejercida sin impedimentos. Ese es el momento objetivo de esta presidencia. La segunda especificidad es que, desde 1914 hasta ahora, nunca hubo una concentración tan fuerte de la extrema derecha que pudiera monopolizar las instituciones gubernamentales de EUA; una fuerza tan sobredeterminada en sus proyectos e ideología que no reconoce límites para su propia venalidad, criminalidad y ambiciones globales. A su manera, este gobierno es tan milenarista como el miembro más irracional de Al Qaeda aunque, a diferencia de esta última, tiene más poder que cualquier otro en la tierra. Es por eso que si bien su accionar es conforme a la lógica del capital, también puede excederla.

II

Para entender apropiadamente dónde se ubica hoy el imperialismo, es necesario comenzar por reconsiderar la concepción leninista –apenas una teoría, cabe aclarar– de la “rivalidad inter-imperialista”. Su pensamiento en esta materia surgió en el curso de un análisis coyuntural al interior del intenso debate acerca de la inminencia o no de la Primera Guerra Mundial, así como también acerca de la línea de acción que debía tomar la socialdemocracia europea en ese caso: la cuestión del voto sobre los créditos de guerra (particularmente en Alemania), la cuestión de las posibilidades revolucionarias que el advenimiento de la guerra podía abrir como consecuencia, qué clase de bloque de poder (alianzas de clase) debían construir los partidos revolucionarios llegado el caso, y dónde las probabilidades de una revolución –si había alguna– eran mayores. Lo notable de esta concepción es que no estaba basada en la dinámica del modo de producción capitalista ni en un análisis histórico de las formas de competencia que daban lugar a conflictos recurrentes entre poderes coloniales. No obstante, como análisis coyuntural, la posición de Lenin resultó ser inexpugnable. Contrariamente a lo que Kautsky –el gran teórico de la socialdemocracia alemana– creía, la Primera Guerra Mundial pronto condujo a la Segunda, al mismo tiempo que se creaban las condiciones para una Revolución Bolchevique exitosa. Hacia el final de la guerra, países como Alemania e Italia experimentaron niveles altísimos de militancia revolucionaria, que nunca serían igualados durante el período de posguerra. Y fue precisamente como consecuencia de dicha guerra y de la Revolución Bolchevique que surgieron los movimientos de masas anti-coloniales en numerosos países de Asia y África. Como lo había recomendado Lenin en su momento, las alianzas entre proletarios, campesinos y la *intelligentsia* de izquierda se habían convertido en el común denominador de dichos movimientos, liderados o no por comunistas. Tampoco cabían dudas acerca del interés de Alemania en una re-división del mundo colonial, en tanto “recién llegada” al capitalismo avanzado y sin ser un “estado poseedor de colonias”, para usar una expresión de Luxemburgo.

La agudeza del análisis *coyuntural* de Lenin, y las recomendaciones estratégicas que de ahí se derivaban, no tienen nada que ver con la veracidad o no de otros elementos de su razonamiento, como la exportación de capitales, etc. En realidad, la idea de la “rivalidad inter-imperialista” tenía mucho más que ver con la del “eslabón más débil” (por ejemplo, más posibilidades revolucionarias en Rusia que en Alemania), la estrategia política de alianzas multiclasis básicamente entre proletarios y campesinos (una gran innova-

ción en la teoría revolucionaria marxista para países atrasados —el crimen fatal de Stalin fue haber roto dicha alianza), y la cuestión colonial-nacional (la posibilidad de revoluciones anti-colonialistas debido al debilitamiento de las burguesías colonizadoras, el levantamiento de movimientos de masas anti-colonialistas luego de la Primera Guerra Mundial y la descolonización general tras la Segunda). Es posible apreciar los méritos de este análisis coyuntural y la teoría política que lo acompaña sin por ello tener que adherir a la teoría económica en que se sustentaba.

De cualquier modo, la concepción de la “rivalidad inter-imperialista” suponía una fase dentro de la evolución global del modo de producción capitalista en que los capitales nacionales eran esencialmente discretos por naturaleza y con escasa inter-penetración. Por lo tanto, suponía un tipo de estado que representaba a las burguesías nacionales como tales en competencia con otras burguesías nacionales y sus respectivos estados. Al estar arraigada en el debate acerca de la inminencia e inevitabilidad de la guerra entre dichos estados organizados discrecionalmente, el sentido del término “rivalidad” excede *en aquellas circunstancias* al de mera competencia. La idea de una guerra inminente necesariamente suponía alguna equivalencia, o ilusión de equivalencia, en los niveles de capacidad militar, es decir, los rivales eran percibidos en función de sus potenciales estructuras militares como capaces de luchar entre sí.

Este breve *excursus* sobre la concepción de Lenin nos permite señalar una cuestión: hoy no es posible extrapolar un concepto de “rivalidad inter-imperialista” que refleja la situación coyuntural de un siglo atrás. En la medida en que uno revisa aquellos textos clásicos, se evidencia su pertenencia a una época totalmente distinta. La especificidad de la coyuntura en que se desenvuelve el imperialismo de nuestro tiempo, a diferencia de la época de Lenin, es que su centro —compuesto por los países capitalistas avanzados— no está constituido ni por rivales ni por iguales. La población total y el PNB combinado de la UE es igual al de EUA, de hecho marginalmente mayor. Pero aquí termina la comparación. La UE no tiene una estructura estatal centralizada ni remotamente comparable a la de EUA, ni un idioma común, ni un ejército vigente o estructuras de seguridad propias, ni política exterior que sujete a los estados miembros, ni leyes que trasciendan la esfera nacional más allá de algunos temas específicos. La constitución propuesta en 2003 está tan atada a una serie de condicionamientos que más que una constitución parecía una declaración de principios y horizontes. Los factores unificadores parecen reducirse a la burocracia de Bruselas, el nuevo Euro y un montón de otras buenas intenciones.

Todo esto quedó en evidencia durante el proceso de toma de decisiones referente a la invasión a Irak. Gran Bretaña se arrojó a los brazos de EUA sin siquiera contemplar la más mínima consideración procedimental para con UE, más bien manteniendo el rol de subordinado leal que EUA le impuso desde la Segunda Guerra Mundial y del cual ni Wilson, ni Margaret Thatcher ni Tony Blair se han desviado jamás. Luego, en la medida en que Francia y Alemania procuraron diferenciarse y el secretario de Defensa de EUA, Donald Rumsfeld, las tildara despectivamente como “la vieja Europa”, todos desde Derrida hasta Habermas desfilaron por los programas de televisión expresando su espanto en nombre de Europa. Eventualmente, Rumsfeld pudo alinear a Gran Bretaña, Italia, España, Portugal y un conjunto de pequeños nuevos países de “Europa” de su lado, y fue precisamente en Azores que Bush tomó la decisión final de ignorar al Consejo de Seguridad y proceder con la invasión. Igualmente significativo fue el hecho de que en la última ronda de negociaciones que se llevó a cabo en el Consejo de Seguridad antes de comenzar la invasión, la alianza franco-alemana propusiera una advertencia de treinta días a Saddam (y los inspectores), luego de la cual la invasión sería tolerada. Bush ostensiblemente despreció la propuesta al mantener la agenda establecida por el Pentágono e ignorar al Consejo de Seguridad. EUA ordenó retirar inmediatamente a los inspectores de las Naciones Unidas, para lo cual Kofi Annan, el secretario general de las Naciones Unidas, ni siquiera se molestó en convocar a la sesión del Consejo de Seguridad aún cuando los inspectores habían sido enviados no por EUA sino por la resolución del propio Consejo. De este modo, Annan simplemente ordenó a los inspectores cumplir con las órdenes de EUA. Tiempo después, Hans Blix, el inspector general, diría que siempre había creído que no había armas de destrucción masiva en Irak y que todo el asunto no era más que una gran farsa. Una vez que la invasión estaba en marcha, hasta la alianza franco-alemana comenzó a rezar públicamente por una resolución rápida en favor de EUA y, un poco más privadamente, a rogar por contratos para las firmas europeas en el proceso de “reconstrucción” de Irak. Cuando EUA se afianzó como única fuerza de ocupación y no le concedió ninguna participación efectiva a las Naciones Unidas, la alianza franco-alemana bajó la cabeza.

Mientras tanto, en la cuestión de la ley belga que concedía a sus cortes la jurisdicción para juzgar extranjeros por crímenes de guerra, la severa amenaza de Rumsfeld de trasladar la central de la OTAN fuera de Bruselas si la ley no era modificada suscitó un repentino gesto de condescendencia por parte del gobierno belga. Otro tanto ocurrió con los reclamos por parte de los intelectuales europeos bienpensantes por los derechos humanos como

aspecto integral de la identidad europea emergente. Al parecer, Bélgica no tiene derecho a poseer leyes propias para asuntos tales como los crímenes de guerra, aunque dichas leyes no tengan ninguna relevancia para el comercio global o los contratos financieros y comerciales. La doctrina de la soberanía limitada que promueve la política exterior norteamericana y sus efectos sobre el nuevo constitucionalismo imperial parecieran ser aplicables no sólo a los países del Tercer Mundo sino también, aunque selectivamente, a la propia capacidad de Europa para promulgar leyes por sí misma.

En el plano teórico, este tipo de desarrollos pone en duda la concepción de la “soberanía” supra-nacional a la Negri-Hardt, la cual, según estos autores, se ha globalizado tan plenamente que es imposible de localizar en ningún lugar en particular, al mismo tiempo que sólo una “multitud” sin límites de clase u otras identidades o fronteras puede oponérsele. Lo que sucede en realidad es que EUA hace valer su derecho soberano a actuar en su propio interés (lo que se llama “defensa”) burlándose de la soberanía de otros, y de ahí que la soberanía del estado imperial pareciera no tener fronteras. De hecho, fue la señora Albright, antigua profesora de la universidad de Georgetown y secretaria de Estado de la administración Clinton, quien sostuviera que “soberanía” y “nacionalidad” eran nociones pasadas de moda y, en consecuencia, debían ser abandonadas en vista a las nuevas estructuras de la globalización y los imperativos de la “intervención humanitaria”.

Con la afirmación del derecho soberano a hacer la guerra contra cualquier estado que se presente como amenaza —la llamada “guerra anticipatoria”—, reservándose obviamente el derecho a juzgar qué es lo que constituye una amenaza, el gobierno de Bush continúa de hecho con una doctrina ya puesta en práctica por administraciones anteriores. Lo que estamos presenciando en todo caso es la construcción de una soberanía imperial que por primera vez es reclamada por un estado que al mismo tiempo es el estado de una nación y un estado globalizado del capitalismo contemporáneo. EUA se arroga una soberanía ilimitada que es arbitraria por naturaleza, y que sólo puede existir en la medida en que su poderío es tan superior al de los demás que su accionar no puede ser desafiado por ningún otro componente del sistema de estados, por resentidos que estos puedan estar.

Dentro de la perspectiva de la “rivalidad inter-imperialista”, como opuesta a la soberanía global del imperio americano, hay todavía otra idea más futurista, aunque menos verosímil, que ubica esta rivalidad no tanto en el Atlántico sino en la zona del Pacífico, de donde surge que el rival no sería Europa sino el Este asiático. En una primera versión la rivalidad vendría de Japón, aunque la tendencia recurrente a las crisis en su actual economía ha puesto a China y su espectacular tasa de crecimiento económico sostenido

de la última década en el centro de la atención. Sin embargo, esta también pareciera ser una opción inviable. Cualesquiera sean sus tasas de crecimiento, la escalada de la economía china no es nada comparada con la de la UE y, más allá del considerable tamaño de sus fuerzas armadas terrestres, la tecnología de avanzada de sus capacidades militares es todavía muy inferior incluso a la de Rusia. El rol preponderante de su cúpula militar es más bien interno y está relacionado con el control de su sociedad civil y el dominio sobre otras instituciones estatales; por lo demás, sus capacidades para hacer la guerra son mayormente de carácter defensivo. Su propio crecimiento económico ha agravado sus contradicciones sociales internas, tanto en los clivajes de clase como regionales, y sería una suerte que China sobreviviera a este difícil y entrecortado período de crecimiento, dada su actual configuración territorial, sin enfrentar el creciente malestar de las masas. De lo que sí podemos estar seguros es de que EUA va a explotar ese malestar social para sostener movimientos separatistas, especialmente en las regiones periféricas como Xinjiang, al mismo tiempo que pone a Tibet en la mira como posible área de control territorial. Mientras tanto, la indiscutible orientación exportadora de su economía ha servido para integrarla profundamente en el mercado de consumo de EUA, y por lo tanto China estaría hoy amenazada por una pesadilla en caso de que hubiera una gran recesión en los EUA y sus exportaciones declinaran dramáticamente al paso que su economía sufriría devastadoras consecuencias. Integrar a China dentro del sistema global dominado por EUA como forma de aumentar su dependencia era un imperativo que Bush padre y Clinton ya habían comprendido muy bien. La actual administración podría perseguir políticas que fuercen a China a gastar enormes cantidades de recursos provenientes de su crecimiento económico para invertir en defensa militar (para lo cual India jugaría un rol clave) y así exacerbar aún más los conflictos internos. De cualquier modo, China se ha vuelto en lo militar y lo económico extremadamente vulnerable a EUA, de ahí que verla como competidor es a todas luces fantástico.

III

A diferencia de la rivalidad inter-imperial, la cuestión del colonialismo es –o debería ser– central para nuestro entendimiento del presente. En la historia del imperialismo, el rol del colonialismo –hoy en día conceptualizado de manera general como un contraste entre imperios “formales” e “informales”– siempre ha sido un asunto controvertido. Sin miedo a contradecirnos, excepto para los círculos devotamente

“Eurocéntricos” (*Westocentric*), podemos ofrecer cuatro observaciones básicas. Primero, el colonialismo no es un aspecto incidental, episódico o epifenoménico del desarrollo capitalista, y la negación de este hecho ha empobrecido a buena parte de la teoría marxista del capitalismo. Desde sus comienzos, el colonialismo ha sido una parte intrínseca de la acumulación originaria del capital y las ex colonias continúan jugando su parte en dicho proceso de acumulación que aún hoy se sigue dando en el imperialismo poscolonial de escala global (como argumenta David Harvey en este volumen, la acumulación originaria es una constante a lo largo de toda la historia del capitalismo hasta nuestros días). Segundo, hay un profundo contraste entre los distintos tipos de colonialismo, por ejemplo, entre el llevado a cabo por los colonos (que fue exitoso en América y Australia pero falló en África) y las así llamadas colonias que fueron ocupadas, administradas y explotadas por burguesías externas pero que nunca echaron raíces en las tierras conquistadas (como es el caso de la mayor parte de las colonias en Asia y África). Algunos de los asentamientos de blancos en las zonas templadas lograron una transición al capitalismo avanzado (Norteamérica y hasta cierto punto Australia y Nueva Zelanda), mientras que otros no (Latinoamérica y el Caribe). Tampoco lo lograron aquellas colonias ocupadas pero no colonizadas, aunque India tenía potencial al momento de la colonización. La mayor parte del capital y la tecnología fueron transferidos a las “colonias de colonos”, y prácticamente nada hacia las otras. Esto trajo aparejados efectos directos sobre la estructura de clases de los respectivos sub-sistemas. Las colonias de asentamientos que hicieron la transición al capitalismo avanzado se caracterizaron por el dominio de la industria sobre la agricultura, y por lo tanto mantenían un balance demográfico en el que el número de empleados superaba al de desempleados. En el caso de aquellos que no hicieron dicha transición, el ejército de desempleados tendía a exceder a los sectores empleados de la clase obrera.

Tercero, los llamados imperios “informales” (imperialismo sin colonias) han sido recurrentes desde el principio, y las conquistas coloniales a gran escala han sido generalmente precedidas por otras formas de explotación imperialista. Los destacamentos en el litoral del África occidental, combinados con ataques e incursiones en el interior, fueron suficiente para diezmar buena parte de sus poblaciones vía tráfico de esclavos y el desguase de sus redes económicas: la conquista del interior vendría mucho después. Incluso los comienzos de la conquista territorial de la India fueron posteriores al establecimiento de los fuertes costeros destinados al comercio imperial, y la conquista territorial completa tomó alrededor de cien años

—por no hablar de que pasó de ser una posesión de la Compañía de la Indias Orientales a una colonia de la corona. Por contraste, iban a transcurrir noventa años entre la conquista completa y la descolonización.

Cuarto, la historia global de los imperios “formales” e “informales”—por no hablar de conquistas coloniales y descolonización— es paralela pero no sincrónica. Latinoamérica estaba completamente descolonizada mucho antes de que el interior de Asia y África estuviera plenamente colonizado. La historia de la rivalidad anglo-americana sobre el imperio “informal” de Latinoamérica posterior a la descolonización precedió al surgimiento de movimientos anti-coloniales masivos en Asia y África por casi un siglo. El hecho de que las formaciones estatales latinoamericanas tengan su origen en los asentamientos de colonos mientras la mayor parte de los estados de Asia y África ni siquiera experimentaron algo parecido produjo como consecuencia un desarrollo diferenciado de lenguas, culturas, religiones, composición demográfica, etc. en los respectivos continentes. Y en lo que respecta a los territorios colonizados y los “semi-colonizados” (en los términos de Lenin), algunas de las consecuencias del imperialismo fueron más bien similares para los imperios “formales” e “informales”. La India cambió su estatuto a colonia de la corona en la década de 1830; para entonces, Turquía, que nunca había sido colonizada, llevaba adelante reformas burguesas modernas —período de Tanzimat; y hacia 1920, ambos habían desarrollado relaciones de propiedad, estructuras legales y movimientos reformistas similares, para no hablar de las formas de dependencia con Europa (por ejemplo, la servidumbre ocasionada por la deuda), con la diferencia de que India había sido colonizada y Turquía no.

En toda esta historia del colonialismo, EUA ocupa un lugar único. Fue la única ex colonia en convertirse en imperio; e incluso cuando en el siglo XIX estaba de moda en Europa la colonización, EUA no buscaba colonizar sino dominar Latinoamérica. Nacidas del genocidio que produjo la anexión de sus vastos territorios, las Trece Colonias hicieron una revolución, se convirtieron en una nación y se dieron a sí mismas una constitución que combinaba una conmovedora retórica acerca de lo que hoy llamamos “derechos humanos” con la defensa de la esclavitud. De este modo los colonos pudieron seguir haciendo lo que ya hacían de hecho pero ahora sin tener que compartir las ganancias con la “madre patria”: esclavitud racial para las plantaciones, ganancias del triángulo comercial e industrial concentrado mayormente en la costa este, pequeña producción en Nueva Inglaterra. La ideología expansionista que surgió de esto era más anexionista que colonialista en el sentido europeo: todo lo que había más allá de las fronteras estaba ahí para ser tomado, de ahí que estas se expandieran

durante la mayor parte del siglo XIX. Hacia el oeste el único límite era el Pacífico; hacia el norte y el sur, las fronteras con Canadá y México se disputaron a través de guerras y se anexaron sin necesidad de colonización. A diferencia de los estados europeos que “poseían colonias”, EUA nunca tuvo el problema del trabajo excedente (*surplus labour*); dado que acumulaba continuamente una gran cantidad de recursos excedentes por sí mismo. Mientras los europeos exportaban su propia población a las colonias a fin de alcanzar un balance demográfico favorable, EUA pudo prosperar gracias a que importaba esclavos, mano de obra calificada y una gran cantidad de recursos intelectuales de otros países. Su primer imperio “informal” fueron las Américas mismas, y en la medida en que los territorios anexados eran incorporados progresivamente como parte del territorio nacional, imperio y nación eran, en su génesis, uno y lo mismo.

IV

Como EUA no entró a la Primera Guerra Mundial para re-dividir el mundo colonial sino para arbitrar en las disputas entre europeos, se convirtió en el *primus inter pares*. Los nazis habían iniciado la Segunda Guerra Mundial con la ambición de convertir al mundo entero en una gran colonia alemana. Una vez que EUA entró al conflicto adoptó la política explícita de persuadir —o forzar— a los estados “que poseían colonias” a deshacerse de ellas y juntarse en un imperio capitalista unificado a escala global. Más adelante, EUA libraría muchas batallas, de las cuales la más prolongada y sangrienta probablemente haya sido Indochina, pero nunca con el fin de colonizar sino de conseguir regímenes subordinados y hacer del mundo un lugar seguro para el capitalismo.

La arquitectura del poder posterior a la Segunda Guerra Mundial combinaba un claro liderazgo de EUA con una compleja red de instituciones multilaterales. Las más importantes eran aquellas que EUA podía controlar más firmemente —la OTAN y las instituciones financieras internacionales (IFIs). Las Naciones Unidas eran consideradas un mal necesario dado que la URSS tenía poder de veto en el Consejo de Seguridad y el número de miembros en la Asamblea General era tan grande que lograr mayorías se hacía difícil. Hasta hubo un fugaz momento en los años setenta en que las Naciones Unidas se habían vuelto un foro para promover proyectos nacionalistas para el Tercer Mundo mediante los subsidios de organismos como la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD). Ahora que los viejos adversarios han sido derrotados, se ha dado una situación paradójica en relación con la creciente docilidad de las

Naciones Unidas: EUA está hoy tan determinado a llevar las riendas del capitalismo mundial que termina socavando no sólo el poder de las Naciones Unidas sino también eventualmente el del FMI y el BM, los cuales han sido hasta hace poco sus principales instrumentos de gobernanza, especialmente en el Tercer Mundo. En retrospectiva, se puede observar que tanto énfasis en el multilateralismo era en sí mismo funcional a la necesidad de hacer frente al desafío del comunismo y el nacionalismo del Tercer Mundo dentro de un marco institucional que permitiera sostener la unidad y el consentimiento de los principales aliados bajo el ala de su propio liderazgo. Hoy en día, sin esos desafíos, con un liderazgo firme y una administración mucho más beligerante, muchos aspectos de aquel multilateralismo han sido dejados de lado. Las exaltadas afirmaciones de Bush hijo sobre la soberanía imperial de EUA son diametralmente opuestas al trilateralismo de su padre.

Un aspecto muy subestimado de la hegemonía global que EUA estableció después de la Segunda Guerra Mundial fue el rol que la industria del conocimiento ejerció en el entrenamiento y la cooptación de amplios segmentos de las élites del Tercer Mundo, ya sea de manera directa en sus propias instituciones o indirectamente a través de instituciones “nacionales” del Tercer Mundo, mediante el abastecimiento de profesores, programas de estudio, subvenciones, equipamiento de investigación, bibliotecas y demás. Marx una vez dijo que una clase dominante sólo es estable en la medida en que incorpora a su servicio los mejores cerebros de las clases subalternas. En el momento en que los imperios de Asia y África se disolvían y EUA se perfilaba como el claro líder de los países capitalistas, este desarrolló el *establishment* académico más grande, más rico y mejor financiado jamás visto en la historia de la humanidad. También se dispuso sistemáticamente a incorporar dentro de su propio ámbito académico a intelectuales claves de los países recién descolonizados provenientes de los diversos campos de la física y las ciencias técnicas, las ciencias sociales y las humanidades, el arte, la diplomacia, la jurisprudencia, etc. Muchos de los que permanecieron en EUA pasaron a formar parte de su *establishment* intelectual y, ciertamente, desde los años sesenta en adelante la gran “fuga de cerebros” del Tercer Mundo (principalmente de Asia) tuvo su gran momento (lo que contrasta notablemente con los intelectuales europeos que no querían emigrar de su continente próspero y recientemente estabilizado).

Aquellos que regresaban se convertían en los economistas, científicos, diplomáticos, burócratas, profesores, políticos y empresarios de sus respectivos países. En comparación, la influencia de los países europeos en la formación intelectual de la *intelligentsia* del Tercer Mundo poscolonial se redu-

jo intensamente, y las instituciones domésticas fueron reformadas a imagen y semejanza de EUA. El proyecto imperialista americano fue en buena medida facilitado por el hecho de que el inglés se había convertido, para entonces, en el idioma universal, dado que era el idioma de los dos imperios más importantes de los siglos XIX y XX. Como resultado, la mayor parte de las instituciones estatales en las dependencias del Tercer Mundo fueron conquistadas simplemente a través de la conquista intelectual de su personal más importante. Para ese personal estatal, la mirada americana se convirtió en su sentido común básico. Pero no se trataba de un mero asunto práctico. Esto estaba acompañado de todo un entrenamiento del sentido y la sensibilidad, del gusto artístico y literario, de pautas de consumo, televisación y absorción de noticias que se reproducen en las formas de la industria del entretenimiento. La mayor parte de los intelectuales europeos hoy son conocidos en Asia y África a través de su reconversión americana. La única literatura latinoamericana que llega a las librerías de Delhi es aquella que ha sido traducida, comentada y publicada en EUA. Por su parte las únicas formas musicales que hoy son “universales” provienen de EUA o son variantes locales de la forma americana. En definitiva, es posible decir que, aunque con un grado considerable de color local y originalidad imitativa, la posmodernización del mundo es en realidad la americanización del mundo.

V

Sin embargo, este no es el único impacto que el imperialismo moderno ha tenido sobre las esferas culturales e ideológicas del Tercer Mundo. Un estallido general de irracionalidad a lo largo de gran parte de las antiguas colonias y semi-colonias ha sido otra consecuencia del fracaso del proyecto original anti-colonial.

Los movimientos de liberación nacional contra el colonialismo y el imperialismo surgieron dentro de un campo de fuerzas determinado y contradictorio. Por un lado, estaban constituidos por las jerarquías anacrónicas de sus propias sociedades y el dominio externo que era de por sí cómplice de esas jerarquías. Por el otro, estaban inspirados por el aspecto radical de la Modernidad: las ideas ilustradas de la razón secular y el derecho de cualquier entidad social a emanciparse a sí misma por medio del ejercicio de dicha razón; el ejemplo práctico dentro de las sociedades industriales avanzadas de relativa emancipación social; las ideas de la Revolución Bolchevique, que se expandieron por el mundo en el preciso momento en que surgían esos movimientos de masas e inspiraron a nuevos movimientos de masas. En líneas generales, estos fueron al mismo tiempo movimientos seculares de refor-

ma —la secularización de la religión era casi siempre un objetivo— y movimientos anti-coloniales. Como movimientos de masas, lograron incorporar dentro de la arena política a actores sociales colectivos que nunca antes habían participado políticamente. Y como movimientos por la independencia nacional y la transformación social, buscaban integrar a diversos elementos de la sociedad, lo que de otro modo no hubiera sido posible dado que pertenecían a diferentes grupos étnicos, religiosos y lingüísticos.

Obviamente, esta no fue la única forma de oposición al colonialismo que se desarrolló. Comúnmente, un tradicionalismo reaccionario en defensa de las antiguas jerarquías sociales era hostil tanto a los movimientos de reformas seculares como al colonialismo. Sin embargo, desde una perspectiva más amplia, es sorprendente cuan dominantes eran las tendencias secularizantes, modernizadoras e incluso revolucionarias —desde África del norte, pasando por el oeste y el sur de Asia hasta Indochina. Esto podía incluir tanto al nacionalismo árabe como al movimiento anti-colonial de la India y gran parte de los regímenes reformistas como el de Atatürk, que fundó el estado moderno turco. Los partidos comunistas de masas eran un fenómeno para nada restringido a países como Vietnam, donde triunfó la liberación nacional liderada por el comunismo, sino también presente en todo un conjunto de países desde Irak y Sudan hasta India, Malasia e Indonesia. Las sociedades musulmanas parecen haber sido bastante receptivas a las ideas comunistas, mientras que entidades como la Rastrilla Swayamsewak Sangh (RSS) de India y la Hermandad Musulmana de Egipto permanecieron marginadas hasta el último cuarto del siglo XX. Se podría agregar que desde 1950 en adelante en todas estas sociedades el Islam político era sustentado y mantenido por EUA como bastión contra el comunismo, lo que tendría después efectos desastrosos en Afganistan. Por su parte, en términos de clase, dichos movimientos representaban una alianza entre el campesinado y la clase media urbana y estaban liderados por la *intelligentsia* de esta última, a su vez alineada dentro del proyecto nacional burgués.

¿Qué pasó, entonces, con este proyecto luego de la independencia? La respuesta es compleja pero, como generalización, se puede decir que todos los regímenes de burguesías nacionales que surgieron después de la descolonización en las sociedades agrarias tuvieron que elegir entre el imperialismo y el campesinado, y en todos los casos traicionaron al campesinado. Este es un tema muy significativo. Gramsci ya argumentaba que las burguesías europeas que habían experimentado la Revolución Francesa se volvieron tan temerosas del fantasma de un campesinado llevando la revolución a sus últimas consecuencias, que la burguesía nunca más ejercería un rol revolucionario en contra de la clase propietaria. Efectivamente, en las

economías agrarias de las antiguas grandes colonias, la revolución campesina era la única vía para salir de la dependencia imperialista. La falta de dicha revolución fue decisiva a la hora de definir el fracaso del proyecto nacional burgués, la consiguiente aceptación de los dictados imperialistas y la formación de regímenes neoliberales por parte de las burguesías locales. Este factor interno fue ciertamente decisivo en el caso de la India, donde el estado poscolonial “engendró” aceleradamente una poderosa burguesía industrial y financiera y creó una extensa clase de agricultores ricos en el campo, pero nunca emancipó a la gran masa de campesinos pobres y sin tierra. Este tipo de estado comenzó a decaer hacia mediados de los años setenta, y cuando llegó el momento justo la burguesía desarticuló el proyecto de estrategias de crecimiento asistidas por el estado en favor de un estatuto mayormente subordinado dentro de las estructuras del capitalismo global. El gran factor externo que había contribuido anteriormente con el proyecto nacional burgués era la existencia del bloque soviético que proveía ayuda clave en términos tecnológicos, financieros y de mercado, de modo que su caída también significó el fin de lo poco que quedaba de ese proyecto. De cualquier modo, las presiones imperialistas constituyeron el factor fundamental en la muerte de dicho proyecto.

En varios países, desde India hasta Argelia y Egipto, el fracaso y/o caída del nacionalismo democrático, secular y anti-colonial dio paso a formas irracionales de nacionalismo cultural y delirio atávico. En otros de mis artículos he argumentado que en toda la historia del nacionalismo moderno, desde principios del siglo XIX en adelante, ha habido una feroz lucha entre el proyecto de la Ilustración de una ciudadanía igual y auto-emancipada racional, por un lado, y el nacionalismo romántico, identitario, racista y religiosamente intolerante por el otro. Lo que vemos hoy es que el fracaso del proyecto de la Ilustración ha conducido necesariamente al surgimiento de identidades salvajes basadas en la raza o la religión. En los términos de Clara Zetkin, el fascismo ha sido la “recompensa” por el fracaso en hacer la revolución.

Esto nos lleva a Al Qaeda. En el mundo árabe, el proyecto nacionalista radical del nasserismo colapsó precisamente durante la Guerra de los Seis Días de 1967 –la invasión “anticipatoria” de Israel sobre Egipto, la destrucción instantánea de su fuerza aérea y la ocupación del Sinaí– allí donde el estado sionista era un claro instrumento del imperialismo americano. Fue a partir de esa catástrofe que las monarquías se re-estabilizaron y resurgió el Islam político en el mundo árabe. En Palestina, la derrota de la izquierda y las fuerzas secular-democráticas de liberación nacional dan cuenta del posterior surgimiento de Hamas y los bombarderos suicidas. En Irán, la destrucción del movimiento comunista y las fuerzas nacionalistas seculares, gracias al esfuer-

zo conjunto de la CIA y la policía secreta del Sha, dio lugar a que regímenes islámicos llenaran el vacío y se apropiaran de los sentimientos antimonárquicos y reformistas del pueblo iraní. En Afganistán, EUA apoyó una elaborada y feroz guerra contra los regímenes reformistas instalados por las fuerzas comunistas, congregando al extremismo islámico internacional para combatir al comunismo y poner en escena a los llamados “mujaidines”, el Taliban, Osama bin Laden y compañía. Ese es el monstruo de su propia obra que vino a acechar a EUA el 11-S de 2001.

VI

Es necesario retomar la pregunta del comienzo, a saber, dónde radica la especificidad del régimen de Bush hijo. En primer lugar, no radica en las invasiones a Afganistán e Irak. En el caso de Afganistán, EUA simplemente volvió a beneficiarse con la guerra iniciada por Carter en 1978 contra el entonces nuevo régimen secular del Partido Democrático del Pueblo de Afganistán (PDPA) por medio de sus asociados islámicos que se llamaban a sí mismos “mujaidines” (“luchadores de la fe”). Brzezinski, el consejero de Seguridad Nacional de Carter, afirmó haber apoyado dicha guerra con el objetivo explícito de atraer a los soviéticos –y conducirlos hacia la trampa. Los Talibanes (literalmente, “estudiantes”) surgieron de entre los chicos más jóvenes que crecieron en los campos de refugiados que la misma guerra había generado y fueron entrenados en seminarios con el propósito expreso de producir más “luchadores de la fe” al servicio de los estadounidenses. Sobre la desdicha de ese país ensangrentado, el régimen de la fracción islámica fue implantado por las agencias de inteligencia pakistaníes y con el consejo de EUA. Los llamados “afganos árabes”, de los cuales Osama era uno de los líderes, eran agentes de la CIA reclutados para combatir a los soviéticos. Cuando los Talibanes se rehusaron a cooperar plenamente con EUA con sus designios de controlar el petróleo de Asia Central, EUA decidió invadir. Niaz Naik, el director de las fuerzas diplomáticas pakistaníes, dijo en la BBC que los norteamericanos anunciaron que la invasión comenzaría en octubre. Los eventos del 11-S ocurrieron entre el diseño y su ejecución.

La guerra contra Irak no comenzó en 2003 sino en el curso de la llamada “Guerra del Golfo” en 1991, la cual se extendió durante una década a través de sanciones y restricciones del espacio aéreo en determinadas zonas –más de lo que duraron sumadas la Primera y la Segunda Guerras Mundiales– y bajo tres presidentes norteamericanos consecutivos, dos republicanos (padre e hijo) y uno demócrata (Clinton, el “Nuevo

Demócrata” que inspiró al “Nuevo Laborismo” del otro lado del Atlántico). Fue durante la presidencia de Clinton que el Congreso de EUA aprobó el Acta de Liberación de Irak en 1998. Cuando ciertas agencias de las Naciones Unidas estimaron que las sanciones al régimen habrían causado la muerte de medio millón de niños iraquíes, y los periodistas le preguntaron a la secretaria de Estado de Clinton, Madeleine Albright, si dichas sanciones habían valido el precio de esas muertes, ella contestó: “el precio valió la pena”. Pese a que las llamadas zonas de no vuelo en el norte y este de Irak fueron declaradas ilegales por Boutros Boutros-Ghali, el secretario general de la ONU, el esquema de bombardeo anglo-americano de Irak se convirtió en la campaña aérea más grande desde la Segunda Guerra Mundial. Sólo en 1999 se lanzaron 1.800 bombas y fueron alcanzados 450 objetivos. Acumulativamente, a lo largo de doce años, el tonelaje lanzado sobre Irak equivale a siete Hiroshimas.

“Cambio de régimen” es una frase pegadiza e, indudablemente, el gobierno de Bush la ha elevado a la categoría de derecho legítimo de la soberanía imperial. EUA, sin embargo, lo ha venido haciendo durante décadas. Lo hizo en Irak mismo cuando la CIA ayudó a derrocar al régimen progresista de Abd al-Karim Kassem en 1964 y puso en su lugar al régimen del partido de Ba’ath (“Llegamos al poder en el tren de la CIA”, se regocijaba el secretario general del partido antecesor del de Saddam), abriendo así el camino para la dictadura de Saddam Hussein, quien fuera un aliado cercano de EUA durante la década del ochenta cuando luchó en la guerra contra Irán. “Cambio de régimen” es lo que trajo la CIA a Irán en 1953 y el ejército de EUA a Grenada y Panamá más recientemente. Y la historia del devenir de EUA como “liberador” y posterior ocupador data del fin del siglo XIX en Filipinas.

Lo que es específico del régimen de Bush es la combinación de la intensificación de esas antiguas tendencias con un agregado de novedades que, tomadas en conjunto, representan un quiebre histórico. La intensificación de tendencias es lo suficientemente obvia. Pero, ¿cuáles son las novedades internas propias de la presidencia de Bush? Primero, la manera en que fue electo: se convirtió en presidente por medio de una decisión judicial de dudosos méritos, combinada con una gran desafiliación (*disenfranchisement*) electoral de un considerable sector del electorado negro en el estado de Florida que, *casualmente*, era gobernado por su hermano Jeb*. Otra gran contribución de Jeb Bush a la campaña de su hermano fue haber congregado a la maquinaria de neo-conservadores, compuesta por los *think-tanks*

* N. de la T.: este artículo fue escrito antes de la re-elección de George W. Bush

de la extrema derecha y supervisada por Dick Cheney, que vendría luego a definir la política doméstica y exterior y a ocupar las estructuras civiles y militares después de las elecciones. Cuando los hermanos Bush conquistaron la Casa Blanca, la extrema derecha cooptó el Pentágono y, por lo tanto, el aparato militar.

La segunda novedad de su presidencia, y que la distingue de las anteriores, es su voluntad por reconstruir radicalmente los EUA en su afán por redefinir el mapa global. Tanto las predicciones de Dick Cheney acerca de que la guerra contra el terrorismo duraría alrededor de cincuenta años o más, como las del general Tommy Frank que antes de la invasión a Irak aseguraban que las tropas norteamericanas tendrían que permanecer allí casi indefinidamente (como el modelo coreano), están en sintonía con una política interna de locura permanente que invoca una combinación de inseguridad extrema con patriotismo atávico. La población general está siendo persuadida de sacrificar muchos de sus propios derechos fundamentales y avalar distinciones entre los nacidos en suelo americano y los ciudadanos naturalizados, entre inmigrantes de una parte del mundo y los de otra, entre miembros “buenos” y “malos” del Islam –todo esto sustentado por una nueva alianza entre el sionismo extremo y el fundamentalismo cristiano. El asalto contra las libertades americanas ha sido codificado como Actas Patrióticas I y II. Esta unión entre patriotismo delirante y una población dócil cuyos derechos están siendo limitados es en sí misma una configuración cuasi-fascista. Mientras tanto, las políticas de redistribución del ingreso hacia arriba con bonanzas impositivas para los ricos y las corporaciones que ponen en bancarota al estado social se han profundizado a tal punto que un gobierno sucesor no tendría (aunque quisiera) los recursos necesarios para sostener el sistema de seguridad social.

Por lo tanto, lo que ha sido invertido no es sólo el llamado “síndrome Vietnam” sino también aspectos claves de la vida social americana que datan del *New Deal*. En el informe “Reconstruyendo las Defensas de América: Estrategia, Fuerzas y Recursos para un Nuevo Siglo” (*Re-Building America's Defenses: Strategy, Forces and Resources For a New Century*) editado por el “Proyecto para un Nuevo Siglo Americano” (*The Project for a New American Century*) en septiembre de 2000 y que fuera preparado por una gran sección transversal de la elite neoconservadora, incluyendo a Paul Wolfowitz, los autores recalcan que los cambios drásticos propuestos tomarían algún tiempo a menos que una catástrofe o evento catalizador, como un nuevo Pearl Harbour, ocurriera. El 11 de septiembre de 2001 fue el evento que estaban esperando. A la mañana siguiente, Condoleeza Rice instó a sus colegas a “capitalizar esta oportunidad”, mientras Donald Rumsfeld pugnaba por la inmediata invasión a Irak.

¿Cómo podemos comprender esta mezcla peculiar de continuidades y discontinuidades dentro de un todo? Una manera de verlo sería que la reacción de la derecha que comenzó a fines de los años sesenta (en respuesta por un lado a las derrotas militares que estaba enfrentando EUA en Indochina y, por el otro, al enorme éxito del movimiento contra la guerra de Vietnam, la radicalización de la política afro-americana y la expansión del movimiento feminista) ha finalmente crecido y madurado al punto de capturar al poder estatal. Esta ofensiva ha sido preparada por más de un cuarto de siglo, pero la presidencia de Bush hijo representa un quiebre histórico en la medida en que previamente esas tendencias se habían mantenido limitadas y subordinadas a otras exigencias de poder, y sus representantes, aunque ocuparon posiciones en los gobiernos de Reagan y Bush padre, no estaban a cargo de todas las instituciones claves del aparato estatal como lo están ahora. Una característica notable de esta contraofensiva es el rol que han jugado las fundaciones y *think-tanks* de la extrema derecha en financiar, entrenar y facilitar el personal requerido a fin de transformar, en su momento, el clima intelectual en EUA y, ahora, el aparato de estado. Otro aspecto notable ha sido el rol cuasi-mesiánico que ha jugado el cristianismo evangélico en preparar la sensibilidad receptiva de la población para todos estos cambios.

Un grupo de intelectuales de Nueva York ha empezado a argumentar que desde la presidencia de Richard M. Nixon, la Nueva Izquierda, el movimiento contra la guerra, el nacionalismo negro y los movimientos de liberación de las mujeres, entre otros, componían una minoría disruptiva pero ruidosa y que, por lo tanto, la verdadera tarea era organizar y movilizar a la “mayoría silenciosa” que se le oponía. En la Universidad de Chicago, Milton Friedman formuló un ataque contra el estado social y avanzó en la ideología del mercado como árbitro final del bienestar social. Su colega Alan Bloom escribió libros que fueron *best-sellers* acerca de “la destrucción de la mentalidad americana” debido a las reformas que las presiones de la izquierda, los negros y las feministas habían forzado sobre el sistema de educación, incluyendo a las universidades de elite. El maestro de Bloom, Leo Straus, entrenó a varios de los que en la última década serían miembros destacados de la elite intelectual neoconservadora. Cientos de grandes y pequeños enclaves y organizaciones neoliberales hoy predominan en el paisaje americano y han aparecido un sin fin de fundaciones de derecha no muy conocidas –Carthage Foundation, Henry M. Olin Foundation, Philipe M. McKenna Foundation, Henry Salvatori Foundation, etc.– que financian a aquellas fundaciones más influyentes y prestigiosas: American Enterprise Institute, Heritage Foundation, Cato Institute, y la elite de todos

los *think-tanks* neoconservadores, The Project for New American Century, cuyos fundadores constituyen el corazón del gobierno de Bush: el vice-presidente Dick Cheney, el secretario de Defensa Donald Rumsfeld, el jefe de gabinete (*chief staff*) de Cheney, Lewis I. Libby, el secretario de Educación de Reagan, William Bennet y Zalmay Khalilzad, el sombrío representante de Bush en Afganistán e Irak.

Un comentario acerca del cristianismo evangélico. Cuando Reagan fue reelecto con la base electoral más grande de la historia, perdiendo sólo un estado, se descubrió que en realidad apenas un 27% del potencial de votantes había ido a votar en su favor; la mayoría se había quedado en su casa. Al mismo tiempo, una encuesta de Gallup mostró que el 27% de los norteamericanos adhería a alguna variedad de cristianismo evangélico y que, de acuerdo a los especialistas, de ser movilizada para votar en bloque, EUA tendría permanentemente gobiernos de extrema derecha. Aunque no todos ellos han sido movilizadas todavía, este tipo de gobierno ya se ha establecido. Mientras Reagan nos deleitaba con la economía de la oferta y la Guerra de las Galaxias, la izquierda lo consideraba lo peor y la derecha del partido republicano un Roosevelt democrático. Esa misma derecha hoy está en el poder.

Tal vez estemos presenciando un desborde imperialista. Determinados por sus propios delirios ideológicos, los neo-conservadores de Bush estarían persiguiendo políticas que en buena medida exceden la lógica del capitalismo global o las necesidades del estado imperial americano. Hasta George Soros parece verlo así. Dos ex presidentes, incluyendo al padre del actual, se opusieron a la invasión a Irak antes de que ocurriera. El trilateralista presbiteriano Bush padre siempre resaltó que EUA necesitaba una alianza con Europa y que la guerra podría socavarla. Como hemos observado, la alianza franco-alemana, aunque con resentimiento, ha aceptado las consecuencias. Sin embargo, Irak todavía puede convertirse en una especie de cura contra cualquier apetito de la población americana de pelear guerras reales más allá de sus pantallas de televisión. Los norteamericanos están a tiempo de comprender la amenaza que representa el actual gobierno para su propia seguridad y la de sus hijos. Por su parte, la oposición global contra el imperialismo estadounidense que se observó durante la víspera de la invasión a Irak podría recuperar fuerza, y este momento de extremismo neoconservador pasar a la historia como un episodio más dentro los tantos momentos sanguinarios de la historia del imperialismo.